

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Recordado lector:

A las puertas del año 1987, con la mayor cordialidad formulamos los más fervientes votos por tu ventura personal en unión de los tuyos. Sobre todo invocamos para ti el mejor ánimo dirigido por el optimismo hacia empresas mayores y menores que requieren la entereza, la confianza y el buen humor. De tu comportamiento devendrá la corrección de muchos yerros a escala social e internacional, en los que el año expuesto ya a su final incurrió, y al hacerlo abrió las puertas a la intolerancia, a la violencia y a otras muchas, innúmeras, calamidades. Tú, pues, lector inteligente que tanto y bien perdonas estas líneas inclinadas a la impertinencia, mucho vas a hacer en favor del saneamiento y conservación del medio ecológico y en manera multiplicada por la preservación de la Paz. Te lo pide el Mundo y el espíritu.

Si quisieras, amigo generoso, iniciar el año de 1987 con buen pie, bien podrías dedicar parte de tu tiempo a la lectura del libro titulado *El río de caballería*, de Luis Cardoza y Aragón, publicado por el Fondo de Cultura Económica en la Colección Tierra Firme (Octubre, 1986). Libro extenso, cuantioso, casi llega a las novecientas páginas, de las cuales, podemos asegurarlo, no hay una sola perdida o inferior en un conjunto en el que, todo, lenguaje, estilo, información, compromiso, novedad, suscripción humanística, apoyaturas críticas, olfato y vista, en fin, salen al paso sin dar tregua a la debilidad o a las prisas innecesarias.

Cardoza y Aragón muestra en la dimensión de sus actos cómo ha enfrentado la vida en tres países, sobre todo: México, Guatemala y Francia. Cómo ha sabido dirigir los pasos hacia el meollo de las cosas en cuya competencia la inteligencia, la originalidad y la ética, se dan la mano. Es la lucidez la respuesta a cuestionamientos históricos, formulados y respondidos sucesivamente por Cardoza. En muchos casos, como lo diría Cejador y Frauca, no deja títere con cabeza en actos de desacralización ligados a la vida artística y a los procesos sociales, ello en grados que, a la corta y a la larga, lo comportan y le comportarán malquerencias, tanto o igualmente pugnaces como las que enfrentó hacia los años 30 en el seno de la LEAR (Liga de escritores y artistas revolucionarios), debido a haber mostrado su desafecto a cualquier conducta, tanto en política como en arte, que se apoye sobre el dogmatismo.

Hallarás gusto dilatado leyendo retratos literarios que en el orden de la descripción emparentan a Cardoza con Quevedo, Valle Inclán y Gómez de la Serna. La eficacia lingüística le permite reflejar, al mismo tiempo que las señas exteriores del modelo, las señas interiores, todo ello sobre el mejor estilo en el uso de una lengua aprendida a conciencia. Y si a la lectura de los retratos unes la lectura de las consideraciones de carácter estético-plástico, entonces la extensión del gusto va más allá del entretenimiento y la doctrina, porque te hallas, lector inteligente, frente a quien puede, si el caso lo amerita, escindir la forma del contenido antes de darnos su visión analítica y crítica para que tú, su lector, tomes conciencia del arte como una extensión de la poesía y de la poesía como comprobación de la existencia del hombre.

En fin, *El río*. Novelas de caballería, es una opción para quien desee iniciar con buen pie el año de 1987. Y para quien los gustos lo lleven a la música, será motivo el más alto de considerar, la actuación inolvidable en las jornadas cervantinas de Guanajuato de Francisco Araiza, quien cantó en una sesión maestra el cielo *La bella molinera*, de Franz Peter Schubert. Uno a uno fue ofreciendo los lideres este cantante cuyo porvenir será (es) patrimonio de la humanidad; su voz justa, rica y potente, expresa largas horas de estudio con los mejores maestros de Alemania, México e Italia. Encuadrada en una tesitura de tenor lírico, en Schubert, sobre todo, muestra la evolución de que busca ya (y los halla) los registros dramáticos necesarios para la interpretación de las obras mayores de la música vocal.

Produce la mayor satisfacción del ánimo escuchar a un tenor como Araiza interpretar breves piezas vocales cargadas de dificultades sin límite como son los leader. En el caso, el cantante no cuenta más que con la voz, con la eficacia de la voz en acto y presencia; el acompañamiento en el piano está más atento a revelar las infidelidades interpretativas que a encubrirlas como bien suele la orquesta en la ópera. La voz del liderista es su arma y su escudo, bien temporada recorre casi silabeándolas las palabras de poemas expresivos, bien medidos, exigentes en su métrica, mientras el acompañamiento deja de serlo para constituirse en forma de expresión situada a la altura de la interpretación vocal. En efecto, el piano se produce como necesidad de paráfrasis mientras acomete el mundo de la onomatopeya. Es el piano quien se encarga de informar al oído de la carrera de un arroyo; y, en su caso, del paso del viento por los alisos. También inscribe la melancolía en tonos mayores al mismo nivel del cantante. En fin, queridísimo lector, no soy nadie para decirte con tanto tartamudeo cuáles son las glorias que acompañan la interpretación de los leader, tanto de parte del cantante como del solista puesto al piano.

Bien has de recordar a Gerald Moore, famoso pianista sobre todo por haber acompañado a los mejores intérpretes del género. No hace muchos años se imprimió un disco antológico en el que este artista acompaña a cantantes de la talla de Fisher Diskau, Souset, Bjerling, Yagurof, y otros muchos de larga fama mundial.

Puedes iniciar el año cuyos pasos tenemos ya tan cerca evocando los méritos de Araiza y lanzándote a las discotecas con la finalidad de comprar un disco en el cual Gerald Moore sea el pianista. Y en todo caso discos del mismo Araiza, en los que comparece su voz cantando sobre todo Mozart. Es una opción que espero no eches en saco roto, toda vez que tú, al igual que el inteligente doctor Roger Díaz de Cosío, no perdonas la oportunidad de mostrarle al mundo que la música es la tarea más civilizadora de quienes buscan y hallan, al solo requerirlo, a Orfeo, el más sublime de los argonautas.

Muchas son las empresas, no a fuerza heroicas, que puedes emprender, querido lector, a fin de mostrar el mejor rostro al año que se asoma. No importa si tus tareas profesionales son la política o la técnica, las humanidades o las ciencias. Lo que la cordialidad universal pide y, asimismo el contento íntimo, es operar los resortes de la buena voluntad para que los defectos del mundo contemporáneo empiecen a dejar de serlo.

Y si el dinero es entre muchas cosas motivo para ti de despreocupación (no obligatoriamente todos debemos ser pobres), entonces nada mejor que acudir como de rayo al mayor y mejor de los espectáculos, el mar. Sumérgete en la mística marina de Ismael, el personaje célebre de Melville, y contempla la infinita masa ácuea devorarse a sí misma en un interminable movimiento cuya misión es llevarse las neurosis y los restos que de ella persistan. Pertréchate de sol, arena, palmeras y sin que ello sea invitación a una relectura de El cantar de los cantares, de bikinis o como se llamen los excesos de imaginación de los modistas y modistas. Tuyos también.

El mar en su gravedad, en su falta de sosiego, en sus desparramadas matemáticas debido al recuento interminable de las olas, es motivo de humildad para el espíritu. Y como tú las puedes, bienamado lector, no te será difícil amenizar más aún el paisaje marítimo escuchando un acuffero Debussy o un itinerante Ibert, merced a los beneficios de una reproductora de cintas magnetofónicas. Si has de hacerlo, no olvides frecuentar con templanza vasitos de oporto, cuya dulzura un poco áspera hace más transitables los sonidos en los oídos atentos. Y si ello no bastara entonces, tal vez tu señora leerá en voz alta a Saint-john Perse, para quien el mar va más allá de un autoanálisis de la eternidad y se convierte en manualidad del tiempo y las cosas.

Tú que a veces lees estas cartas, con ánimo generoso, a lo mejor eres propietario de un modesto yate. Si así son las cosas, entonces serán muchas las rutas que emprenderás en busca de la isla desierta a mitad de la mar oceánica, en donde los crepúsculos y los amaneceres desposan al alma con la extremada lejanía diurna y en las noches con las estrellas.

A reserva de si fatigas las olas o no con tu pequeña embarcación de lujo, Diego Rivera te convida a ver su magna exposición retrospectiva montada en el Palacio de Bellas Artes. Oceánico al mismo tiempo que minucioso, el centenario pintor pone a prueba tu resistencia física, en virtud de que son muchos los kilómetros cromáticos que debes caminar con el fin de abarcar con los ojos su producción cuantiosísima. De hecho es un desafío a la capacidad receptiva de los espectadores. Y por hartos que se conozcan muchas obras de Rivera, no es posible dejar de pasmarse frente a la novedad que su arte extrema. En cada pintura o dibujo se hallará siempre un detalle —como nota perdida en una sinfonía multifónica- que se recorta en sí mismo imponiendo su personalidad en el todo. Un solo detalle no percibido con anterioridad pero permanente como la nota de un instrumento secreto en una orquesta secreta.

No solamente los niños, los ojos de los niños de Diego, del niño Diego como él gusta llamarse a sí mismo al retratarse de mano de la muerte, son los que fulgen con luz propia en un cielo limpio de la creación artística. Las mujeres, en manera plausible las indígenas anónimas, se confunden en el espacio de las marchas colorísticas para ser tiempo de amor, instante de pasión, como si Diego al pintarlas hubiera querido dejar muestra de su amor saturado de ternura y canibalismo. Lo frutal de las figuras femeninas invierte los términos en una gastronomía en la cual el espectador es comensal entusiasta.

Hay un pequeño cuadro poco conocido en México en el cual comparece una mujer indígena al lado de un ramo de lilas que iluminan su rostro en un amanecer secreto y mágico. Aquí todo es luz sin el usufructo del impresionismo, esto es: requerimientos del fulgor gratuito. La masa de color produce sombras con sentido, sombras que a la vez producen otras umbrías al constituirse en objetos sólidos sobre la tela. Sombras con pasión, sombras lilas en torno a la cara de la mujer sobre la que llueven años y espejos. Se trata de entonar una canción sobre la creación del artista que trasciende los instrumentos de su oficio para darnos los poderes de la poesía como única razón de las artes plásticas. Tú, lector, puedes gozar como premio por un año bien vivido y otro por ser vivido mejor, la exposición del viejo Diego, del joven Rivera, que no desdeñó jamás a la vida, por lo menos es cuanto puede extraerse de un solo milímetro de su pintura ejecutada bajo la advocación de todas las escuelas imaginables: el academicismo clásico, el academicismo neoclásico de Sorolla, el impresionismo en sus proliferantes variaciones, el cubismo, los conatos de surrealismo, el realismo, la mexicanidad (como lo diría un crítico de pintura metido a fenomenólogo). En fin. En fin en quien no lo tiene. A cien años plazo de su nacimiento, Diego sigue creciendo para beneficio de quienes antes de llegar a Bellas Artes debemos beber no sé cuántas pintas de smog.

Pero para ti empezado en no dejar en paz a Diego Rivera, la Casa de la Malinche en Coyoacán se presenta como un refugio clamoroso a tus pasos. Allí, cada día 8 de diciembre, sus habitantes, los artistas Rina Lazo y Arturo García Bustos, conmemoran el nacimiento del gran guanajuatense. Muchos, muchísimos son los convidados. Todos hablan y sus palabras son ofrenda a la memoria de Diego. En el instante de las celebraciones todos son, somos, personajes de un gran mural pintado por la memoria del artista recordado.

Se trata, en el orden de muchas cosas expectantes, de dar al año venidero una dirección diferente. Otra radical. No vale ya insistir en golpear la frente en el muro de las lamentaciones mientras persiste la salmodia dictada por la crisis económica. Esto no quiere decir que de tarde en tarde no se plaguen las conversaciones con los datos pavorosos que arrastra en su cauce el inmoderado costo de la vida. Pero tú, al hacerlo, confíalo al fomore que, por serio, todo lo aguanta y explica a título de carácter contraído o reflejo condicionado por la infinita paciencia de nuestros pueblos. Se impone que sin consecuentar la política del avestruz, tú y nosotros veamos hacia el ángulo sobre el cual se recorta lo mejor de nuestra vida: lo capitalizable de existir en la armonía de los universos creados por la ciencia, el arte, la cultura, expresiones de la concordia, el antibelicismo. La paz, en una palabra. Vale decir que predicar el optimismo con seso es buscar el ámbito de lo clásico. No dejará de ser clásico, nunca, lo que mira hacia lo mejor en su punto más alto con la finalidad de hallar explicación al pase del hombre mientras hermana sus esfuerzos, en el orden del trabajo, con sus congéneres bajo el proceso del mejoramiento de una sociedad rescatada de la desarmonía. Bueno, es un decir, porque tú sobre toda cosa prefieres a la fáfara doctrinal las ejemplificaciones expresadas por los mejores pensadores en nuestra lengua, verbi gracia José Enrique Rodó, quien supo superar los fuegos artificiales del Modernismo al confrontar el espíritu de lo bello y lo feo, lo suficiente y lo insuficiente merced a la caracterización apologético de Aries. En efecto, Ariel surtidor de bienes para todos, expresa la América

indolatina, como se ha explicado tantas veces, enfrentado a Calibán, la fealdad anglosajona. Uno es la paz y el otro su contrario, la guerra. Uno es el vuelo de la inspiración que se arranca de la haz de la tierra hacia la región transparente, y el otro es lo rastrero, todo cuanto impide la transformación de la primera sustancia en espíritu. Bueno, esto es lo que se ha glosado de Rodó, cuya prosa ejemplar, le sigue dando dentera (producto de la envidia) a quienes se han propuesto sin conseguirlo, hacer de su pensamiento y procedimientos de estilo, cauces a la siempre hermosa, nunca abatida, prosa castellana.

.....

Aunque no hayas de percatarse del hecho, amadísimo lector, debemos confesarte que el presente párrafo está siendo redactado por este humilde escriba a casi tres meses del anterior. Y la cuestión es que en el momento de configurar las excelencias de Rodó como prosista, los médicos me dijeron que volviera de nuevo a la plancha (no a fuerza fría) del quirófano, lo cual hice tal vez de mal grado pero eso sí con el optimismo necesario para ayudar a los cirujanos en su empresa delicada.

Hoy, en los últimos días de febrero y primeros del año 1987, las cosas son diferentes, cualitativas, expresarían los hegelianos a ultranza. Y en efecto lo son, porque ya todo es diferente a como lo dejé antes de ser materia graciosa para el paso sabio del bisturí en acción.

Expreso lo anterior, para decirte encarecidamente lector, que los propósitos de año nuevo formulados al principio de la presente siguen siendo válidos, hayan pasado o no varios meses de iniciado el presente año de gracia.

Y aunque sea de pasada deseamos recordarte que el 26 de diciembre de 1986 se cumplió el primer aniversario del fallecimiento del maestro Jorge Maksabedián. Acostumbrado en México a ver el paso de la muerte, con la naturalidad de hecho general, en innumerables ocasiones dejamos escapar conmemoraciones necesarias a honrar nuestros muertos. Lo hacemos quizás temerosos de la idea de que en la invocación a los desaparecidos, estamos invocando también la posible evasión de nuestras personas a regiones indeseables. En efecto, vienen y van aniversarios de ilustres fallecidos mexicanos y de otros países, y nosotros aquí tan quitados de ruidos, parece, en una palabra, que hubiésemos venido a la tierra nomás a vivir sin consecuencias posteriores, explicativas, por lo demás, en cauda de valoración impositiva, de cuánto nos corresponde en el plano de merecimientos y censuras. El pueblo, siempre sabio, dice “el muerto al hollo y el vivo al bollo”, para significar que el tránsito lagrimógeno es cierre de cuentas y no apertura de créditos. Ello mientras el vivo, el deudo, se apodera de todo cuanto el fallecido dejó para usufructo de sus congéneres.

Y en cuanto herencias, te recomiendo querido lector visitar las instalaciones que albergan al PESTYC/IPN, en donde ha empezado a funcionar la biblioteca “Jorge Maksabedián”, producto de la donación que la dignísima esposa de este hombre de cátedra hizo al IPN en 29 de septiembre de 1986. El magnífico fondo reunido por el profesor Makasabedián, además, fundador del PESTYC, consta de más de cinco mil libros, muchos artículos fotocopiados y un importante número de revistas. El acervo, se especializa en la investigación, la metodología, la filosofía y la historia de la ciencia y la tecnología.

En otra ocasión, nos será grato de charlar contigo en torno a quien dedicó buena parte de su vida a las investigaciones de la metodología de la ciencia, disciplina de tanta expresión y rango en el proceso del pensamiento mexicano actual, expandido en un medio y a una hora de tantas necesidades y exigencias de materia y espíritu.

Y dicho lo anterior, lector amigo, en la seguridad inmediata, Esculaplo y Galeno me escuchen, de que la salud no alterará la regularidad de sus pasos, esperarnos que veas tus ambiciones satisfechas, día con día aprendas a sobrellevar las imposiciones de nuestra querida ciudad tan desbordada ya del esquema original que la creó. En una última palabra, que la filosofía, lo que para muchos otros es conformidad, acorra tus pasos, como acorrió en su tiempo los de Fray Luis de León, que quería vivir sólo con lo necesario, con una mesa frugalmente abastada y sobre todo, ni envidiado ni envidioso, en lo que lo siguen quienes leen el I Ching, y ratos más largos aún a Fray Antonio de Guevara, cuyo centenario reciente pasó entre el clamor silencioso de los cohetes de la indiferencia. ¿Qué figura es ésta? ¿Lítote, acaso hipérbole en busca de autor? Tú dirás, y, mientras lo averiguas, recibe el cariño invariable de quien te respeta y desea lo mejor.